

## **“YO SOY EL DIOS DE ABRAHAM”**

**por Angel Rodriguez Alvarez.**

Desde siempre ha existido un enfrentamiento grave e intenso entre el pueblo de Israel y el pueblo Palestino, habiendo pasado muy poco tiempo desde el ataque sufrido por estos palestinos por parte de los israelíes, como consecuencia de las represalias tomadas por los continuos ataques que los israelíes tienen que sufrir, hostigados por los miembros del grupo terrorista Hamás.

Este último conflicto ha levantado escandalizada a toda la Comunidad Internacional, que ha considerado las acciones de represalia como un ataque desproporcionado.

Ha habido muchas manifestaciones, así como presiones diplomáticas y reuniones tendentes a reducir la tensión y redirigir la situación hacia el diálogo y los acuerdos políticos.

Pero la Historia nos enseña que nuestras ideas y pretendidas soluciones sobre esa situación de enfrentamiento no tienen ninguna lógica y que la única solución es la destrucción de una de las partes en conflicto. No debe esperarse jamás la paz en esa zona.

No estamos ante un caso de reivindicación territorial, aunque evidentemente también tal reivindicación está ahí. Si sólo fuese algo así, las posibilidades de acuerdo e incluso la paz en la zona podrían existir, lo mismo que en cualquier otro conflicto entre otros pueblos en otras partes del mundo, pero ese conflicto tiene unas raíces que se hunden hasta las profundidades del odio, alimentándose de él. Ese es el verdadero motivo de esta guerra entre estos pueblos. Y ese es el motivo por el que cualquier esfuerzo de la Comunidad Internacional por una solución pacífica y civilizada se despeña en el abismo de la nada.

Victoria o muerte. No hay una alternativa a esas dos opciones. Y eso es lo que buscan los palestinos y lo que buscan los israelíes: victoria o muerte. Buscar otra solución es absurdo e inaceptable por ambas partes.

Pero esto no es algo de ahora, o de hace algunos años, cuando finalizó la 2ª Guerra Mundial y se formó el Estado de Israel.

No. No es así. Todo viene de antiguo, pero de muy antiguo, perdiéndose en la noche de los tiempos, cuando la Humanidad aún andaba en pañales. Comenzó en los tiempos de los Patriarcas bíblicos y se ha extendido, a lo largo de los tiempos, hasta nuestros días. Jamás ha habido paz para los elegidos de Dios.

Estos dos pueblos, enzarzados en esta lucha encarnizada son, en realidad, parientes, pertenecientes a un tronco común, tronco que tiene un nombre venerado y respetado por ambos y hasta por todos los pueblos de la Tierra: ABRAHAM, cuyo nombre significa: "Padre de los pueblos" o "Padre de una multitud", y también "Padre de una nación" que, con diferentes palabras, viene a ser lo mismo en todas esas acepciones.

Los movimientos terroristas musulmanes o islamistas, como sería más correcto llamarles, son de creación relativamente moderna. Podemos considerar su nacimiento

en 1928, cuando un maestro egipcio llamado Hassan Al Banna fundó una Asociación llamada "Organización de los Hermanos Musulmanes", de corte radical, que actuó como matriz y guía de los movimientos posteriores.

Vemos el nacimiento del grupo terrorista Hamás en 1987, aunque con múltiples actividades, además de las políticas, pues se dedican también a actividades benéficas, clínicas, asistencia social, etc. lo que genera una corriente de simpatía hacia ellos que se hace especialmente patente en la llamada franja de Gaza. Sin embargo, su principal actividad es el terrorismo, no nos engañemos.

No desean la paz, como no la desean ninguno de estos movimientos, por lo que se hace evidente la simplicidad de los deseos y maniobras occidentales para conseguir esa paz imposible.

Hamás recibe su financiación principalmente de Irán, (que está en el punto de mira de las potencias militares occidentales) aunque no sólo de Irán.

Esta ayuda iraní se canaliza a través de Hizbulá, cuyas intensas actividades anti-israelíes son bien conocidas.

Las manifestaciones en Occidente contra Israel, a raíz de las recientes represalias tomadas contra los palestinos, por parte de organizaciones intelectuales, así como de grupos pacifistas, y de personas cargadas de visiones y deseos utópicos de la realidad, no sólo no las entiendo, sino que me alarman y considero suicidas.

En primer lugar, no podemos negar a Israel su derecho legítimo a defenderse. Las proporciones de esa defensa podrán ser más o menos discutibles, pero ellos son los que tienen el problema encima, y viven en una zona de ambiente hostil absoluto, con deseos repetidas veces públicamente expresados de eliminar del mapa, de destruir y de arrojar al mar al pueblo de Israel.

Pero mis consideraciones van más allá: El Islam, contrariamente a lo que creen los simplistas, los ilusos y los políticos de medio pelo, como los de Francia y España, en la expresión de sus actuales gobernantes que preconizan una imposible y suicida "Alianza de Civilizaciones", es un claro peligro no sólo para Israel. En sus objetivos está la destrucción total de la civilización occidental, es decir, su exterminio, debido a una visión apocalíptica y mesiánica de sus ideólogos, que busca la islamización absoluta del planeta, con el exterminio de cuanto se oponga a la meta que se han trazado.

El antiamericanismo, tan de moda en estos turbulentos tiempos, así como el pacifismo y la errónea y suicida política de inmigración que permite "meter al enemigo en casa" nos abocan indefectiblemente a la desaparición del mundo occidental, en beneficio de una Civilización Islámica, en todo el planeta Tierra.

Eso busca Hamás. Lo mismo busca Hizbulá, (Hez-Allah, o "Partido de Dios"), y todos los movimientos similares, pudiendo extender esa forma de pensar, esos deseos y objetivos, (en realidad esa "obligación" que se han marcado), como algo generalizado a todos los países árabes y al Islamismo. La civilización occidental debe abrir sus ojos y apoyar a Israel, en su legítima defensa en un conflicto que nos afecta a todos y que nos afectará mucho más y de forma tremendamente más dramática en un futuro más o menos próximo.

Pero como decía al principio, este odio entre Israel y el pueblo árabe viene de antiguo, mucho antes de la aparición del Islam, y en éllo tuvo mucho que ver, (fue en

realidad la causa) alguien llamado JEHOVA, aquél que se decía llamar "El Dios de Abraham".

Así pues, comencemos por el principio.

Nos hallamos en un lugar donde, en el pasado, floreció una espléndida civilización.

Hoy sólo se encuentran tristes vestigios esparcidos por una amplia zona desértica, donde algunos túmulos revelan que bajo esos montones de tierra se esconden los restos de ciudades o de pequeños núcleos de población, y sólo vemos una derruida torre, de la que casi no queda nada.

Es el único resto que queda a la vista y que antaño fue un zigurat, estructura (torre) escalonada, en cuya cima se hallaba una terraza y en élla, resguardada por un techo dorado existía un templo, un santuario dedicado a rendir culto a los dioses.

Este zigurat del que estamos hablando se hallaba en la Caldea, en la antigua Mesopotamia, que ocupaba una gran extensión de lo que hoy es Irak.

Efectuamos un viaje hacia el pasado, que nos llevará al siglo XX antes de Cristo, cuando el panorama que se divisaba en esta zona era muy distinto al actual.

Una espléndida ciudad se extendía en esa zona desértica, y el zigurat formaba parte principalísima de esa población. No era una ciudad cualquiera, ni siquiera una ciudad importante. Era la ciudad más importante, la ciudad por excelencia, la capital de la Caldea, llamada Ur, aquélla de los palacios y los templos recubiertos de oro.

La Caldea, estaba formada por muchos pequeños estados, pero podemos destacar a cuatro principalmente, con la ciudad más representativa de cada uno de ellos: Erex, Babilonia, Accad o Nipur y Ur como la capital caldea, con su rey UR-NANNU a la cabeza, quien fue el que ordenó la construcción de ese zigurat.

Hoy está el desierto señoreándolo todo, en lo que antaño fue Ur, pero en los tiempos antiguos, en la época de la que hablamos, se veían grandes campos de trigo y cebada, mecidos por el viento, en un paisaje paradisíaco. Todo tipo de hortalizas y de árboles frutales se extendían hasta el horizonte, y la zona tenía un ingenioso y efectivo sistema de regadío, que aún hoy se utiliza en algunas zonas mediterráneas, entre ellas España, (yo he visto su efectividad, pese a su sorprendente sencillez y hasta lo he utilizado en pequeños huertos, y es muy ingenioso. Ese regadío se hacía aprovechando el agua del Eufrates, que procuraba y aseguraba la abundancia y la riqueza de la zona.

La ciudad era muy hermosa. Hermosa y confortable, con altos y espaciosos edificios de más de tres metros de altura y de hasta catorce habitaciones con cuarto de aseo, con la planta baja de ladrillo y la alta de adobe, (supongo que por su menor peso), todo enlucido y encalado.

Los edificios formaban estrechas calles y hermosas plazas, amplias y ajardinadas, con fuentes de agua y pilones. La población era activa y bulliciosa, por lo que la vida en Ur era muy animada.

Alrededor de su templo principal, el zigurat, se veían otros templos de sólida construcción, a manera de pequeñas fortalezas. El mayor de estos templos estaba dedicado a la divinidad lunar Sin, que podríamos considerar como la más popular o importante, aunque en toda la Mesopotamia imperaba una cultura de ambiente politeísta.

A esta divinidad lunar rendía culto, preferentemente, Thare, un moldeador de ídolos de barro, habitante de esta ciudad, y que tenía un hijo llamado Abram, que significa "El Padre es exaltado" (y cuyo nombre fue cambiado posteriormente por el de Abraham).



Por aquel tiempo, siguiendo la cultura y costumbres de sus ancestros, y del ambiente social donde se hallaba inmerso, Abraham, hijo de Thare, o Taré, y descendiente de Eber bisnieto de Sem, el mayor de los hijos de Noé, era politeísta también, aunque poco a poco evolucionó hasta el monoteísmo.

El nombre de "hebreos" proviene de ese bisnieto de Sem, antepasado de Abram, y el término semitas, proviene de Sem. Sem era el hijo mayor de Noé, (Sem, Cam y Jafet).

Arameos proviene de otro descendiente de Sem, llamado Aram.

Tanto los hebreos como los arameos eran semitas, pero de líneas diferentes.

Si observamos la genealogía desde Noé a Abram, notaremos que estamos hablando de tiempos relativamente cercanos al Diluvio: "Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor, hijo de Serug, hijo de Ragau, (Reu), hijo de Peleg, (cuando el mundo se dividió), hijo de Heber, (de quien hemos dicho que deriva "Hebreos", y también iberos e Iberia), hijo de Sala, hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, Hijo de Noé..." (Lucas, 3. Genealogía de Noé a Abraham).

Por aquellos tiempos, la relación entre los dioses y los humanos era frecuente, y los

humanos tenían claro su papel de servidores de sus dueños, los dioses, quienes nos habían creado a partir del barro y de la sangre divina, por la mano sagrada de Enki, y con ayuda de Nimah y Ningishzida.

Había pasado ya mucho tiempo desde que un gran cataclismo originado por las grandes aguas había acabado casi con la Humanidad entera, y habría sido así por deseo de Enlil que odiaba a los Lulús, de no haber intervenido Enki, que amaba al ser humano, por habernos creado, salvando a Noé, a su familia, y a los más próximos y afectos a su familia.

Cuando éstos y otros hechos tristes, luctuosos, pasaron, hubo una repartición, y fueron las 70 tribus repartidas en herencia.

En esa división diluviana participaron los hijos del dios EL, o ELYON, el Altísimo y uno de esos hijos era por nombre JEHOVA el cual heredó a los que fueron más tarde los descendientes de Jacob, a quien se le puso como otro nombre el de ISRAEL, ("El que luchó contra Dios").

"Cuando el Altísimo Elyón repartió las naciones, cuando distribuyó a los hijos de Adán, fijó las fronteras de los pueblos, según el número de los hijos de Dios; más la porción de Jehová que fue su pueblo, Jacob, su parte de heredad". (Deuteronomio 32:8-9).

En los tiempos en que los dioses caminaban por la Tierra, la idea de Dios o de los dioses no era un concepto abstracto, sino el de un ser viviente, de carne y hueso, que convivía con nosotros, que eran nuestros amos, dueños y señores sin discusión. Eran los verdaderos dueños de la Tierra, pues fueron los que vinieron cuando nosotros sólo éramos unos simios. Y por su mano nos elevaron de condición, y ya nunca más fuimos del barro, pues nos infundieron una chispa divina. Las guerras entre los dioses, debida a sus diferencias, eran espantosas, y en ellas participaban en muchas ocasiones los humanos, que siempre sufrían las peores consecuencias. Había pues dioses en guerra y humanos partidarios de los diferentes dioses que luchaban entre sí.

Jehová, (Enlil), acabó aceptando que el género humano no fuese destruido, por acuerdo de todos los dioses, acuerdo que él tuvo que acatar. Así pues, Jehová heredó al pueblo que habría de salir de Jacob, y contactó con uno de los Patriarcas, un hebreo llamado Abram, a quien llegó a considerar como "su amigo", al notar la obediencia ciega y la confianza que Abram mostró siempre hacia Jehová-Elohim, cuyo nombre significa "Señor Dios".

Jehová visitó con frecuencia a su amigo Abram, con quien se dispuso a poner las bases para la formación de su pueblo. El primer paso era mover a este Patriarca hacia otro lugar, donde poder establecer su nación, y eligió para éllo un lugar, un país llamado Canaán.

Las gentes del Patriarca, así como todos los hebreos, eran gente nómada en su mayor parte o semi nómada el resto, por lo que no solían establecerse de manera permanente en un mismo lugar. Vivían pues en tiendas que plantaban en un lugar determinado por un período de tiempo más o menos largo.

Existe pues desacuerdo entre quienes lo ubicaban a él y a su familia en un hogar permanente, dentro de los límites de la ciudad de Ur.

Hallábase nuestro padre Abrám atareado con algunas labores relacionadas con la

distribución de los rebaños y aclarando algunas disputas habidas entre los pastores, sobre todo con los que correspondían a su sobrino Lot, cuando oyó la voz del Señor, que pronunciaba su nombre.

"¡Abram!, ¡Abram!".

El Patriarca miró en todas direcciones, pero no vio nada ni a nadie.

Nuevamente oyó aquella voz que parecía sentir dentro de su cabeza, más que en el entorno.

"¡Aquí estoy, Señor!" - contestó, apartándose de los demás.

Sin embargo seguía sin ver nada, aunque ya sabía quién era el que lo llamaba, con el cual ya había tenido anteriores encuentros.

Notó como una fuerza que le impulsaba a dirigirse hacia una pequeña meseta, que se hallaba a corta distancia de su tienda. Abram dirigióse hacia allí, y subió a lo alto del altozano, descubriendo detrás de esa elevación una pequeña depresión, en la cual se encontraba la Gloria del Señor, posada en el suelo, y a su lado dos personas, entre las que pudo distinguir a Jehová-Elohim, por su porte terrible y especialmente majestuoso. Este hallábase un poco más adelantado con respecto al segundo personaje, que permanecía mucho más cerca de la Gloria.

Se notaba como si la atmósfera fuera diferente en aquel lugar. Era algo que infundía temor.

Cuando Abram llegó cerca de las dos presencias, postróse en tierra, en señal de total sumisión y respeto.

Hallábase ante su Dios y Señor. Y Jehová habló y éstas fueron sus palabras:

"Abram, el nacido de la Tierra, hijo de Taré, escucha y entiende cuanto voy a decirte. Debes abandonar este lugar, y dirigirte hacia una nueva tierra, un país que he reservado para tí, y que será tu nuevo hogar, y donde ubicaré a mi pueblo, que nacerá de tí".

Y el señor presentó a Abram su nueva tierra, Canaán, por lo que era preciso que levantase su tienda y las de los suyos y se pusiera en camino.

El Patriarca, que ya hacía tiempo que habíase convertido en adorador de Jehová, a quien consideraba su único Dios, por tanto renegando de todos los demás dioses a los que sus ancestros habían rendido y rendían culto, y de los cuales él mismo había sido idólatra, respondió acatando los deseos de Jehová:

"Así será como me ordenáis, Señor. Tomaré a mis familiares, a sus esposas e hijos y demás parientes, así como a todos los rebaños, y me pondré en camino hacia la nueva tierra".

Jehová comunicó a Abram que le iría guiando a través de su camino, y que le tendería su mano para protegerlo de cualquier peligro que pudiera acecharles.

Después, lentamente, subió a la Gloria, junto con el otro ser que le acompañaba, y la Gloria elevóse rápida y silenciosamente, perdiéndose en cuestión de tan sólo unos momentos en lo más alto del firmamento.

Abram volvió con los suyos, y comunicó a su padre Taré cuanto había ocurrido y

cuáles eran las órdenes de Jehová-Heloim.

Abram no salió inmediatamente hacia el destino marcado por Jehová para él y para sus familiares, demorándose algún tiempo, por lo que su padre Taré le urgió a obedecer la orden, e incluso tomó la iniciativa, levantando el campamento y poniendo en marcha a toda su familia.

Y salieron de Ur Abram con su esposa Sarai, los hermanos de Abram y el sobrino del Patriarca, Lot, con su familia, y los rebaños y los criados y esclavos, y todos tomaron el camino hacia la tierra que su Señor les había prometido. Y se dirigieron hasta una ciudad llamada Harán, (situada a 1000 kms. de Ur) y donde levantaron sus tiendas. Harán era politeísta, y también en ella se adoraba a la Luna, (Sin) como la divinidad preferente, al igual que las otras ciudades de la zona, pero no se opusieron a la presencia de los hebreos, quienes tampoco se mezclaron con sus habitantes, dedicándose al pastoreo pacíficamente, aprovechando las condiciones fértiles de aquellos parajes, lo que hizo que permaneciesen un tiempo en el lugar.

Y acumularon bienes y también compraron personas, por lo que sus riquezas fueron aumentando.

Sucedió que un día Taré, el padre de Abram murió. Y fue sepultado según la costumbre entre ellos, y entonces Jehová visitó nuevamente a Abraham. Y el Patriarca acogió a su Señor en su tienda, y se sintió honrado, y le ofreció un banquete a Jehová y a uno de los seres divinos que estaba en su compañía. Y comieron y bebieron, y después de comer Jehová habló a Abram y le dijo:

"Debes emprender tu camino sin demora, Abram. Véte de tu tierra y sigue tu camino hacia la tierra que yo te daré a tí y a tu descendencia.

De tí, por mi voluntad, saldrá una gran nación. Yo te bendigo a tí y tu nombre será ensalzado por siempre. Y bendeciré a quienes te bendigan, pero serán malditos de mí aquéllos que te maldijeren a tí o a tu pueblo. Y tu nombre será Abraham, (padre de una gran nación). Y todas las familias de la tierra serán benditas a través de tí".

Y así fue. Y Abraham, bendito entre los benditos tomó a Sarai, su mujer, y a Lot, que era su sobrino, y a todos los miembros de la familia, y a sus ganados y bienes heredados y adquiridos y las personas heredadas y adquiridas, y una gran caravana partió de Harán hacia la tierra de Canaán. Y vio Abraham que los cananitas ya habitaban esta tierra. Y fue así que Abraham atravesó esta tierra llegando hasta la encina de Moré, cerca de la ciudad de Siquem. Y Jehová-Heloim le dijo:

"Escucha Abraham: a tu descendencia daré yo esta tierra en heredad".

Algún tiempo después, Abraham y su familia extendieron sus tiendas entre Betel y Hai.

Pero Jehová quiso probar la fe y la obediencia de Abraham. Y hubo una gran sequía. Y he aquí que el hambre se extendió en esa tierra donde se hallaban Abraham y los suyos. Y se vieron forzados a levantar sus tiendas y a partir en dirección hacia la tierra de los mitzraim, en Egipto. Y nuevamente se pusieron en marcha.

Pero debieron detener su partida y esperar un tiempo.

Sucedió que hubo un nuevo enfrentamiento en los cielos, entre los dioses. Fue uno de esos enfrentamientos terribles, que hacían temblar los fundamentos de la Tierra, y que se daban con frecuencia.

Día y noche hubo intentos para destruir las instalaciones divinas del Sinaí, y una y otra vez las fuerzas celestes de Enki, también llamado ID, el Señor de la Tierra, fueron rechazadas por las de su hermanastro Enlil, también llamado Jehová, aunque en este caso no participaron directamente ninguno de los dos.

A la familia de Enlil se le había entregado las instalaciones del Sinaí, centro o "Lugar de los Carros Celestiales", donde se embarcaban los minerales y el oro para las moradas de los dioses en los cielos y este centro estaba gobernado por Sin, hijo de Enlil. El símbolo que lo representa es la luna, en su fase creciente. (Que es el que utilizan como símbolo en el Islam).

Ambos hermanastros eran totalmente irreconciliables y en más de una ocasión fueron llamados al orden por el Consejo de los Dioses.

Mientras el enfrentamiento duró, Abraham y su familia estaban temerosos, observando la cruenta batalla entre los dioses, y esperando que terminase pronto todo. Y la calma regresó, y llegó el momento de la partida hacia Egipto, la tierra de los mitzraim.

Estos mitzraim o egipcios estaban orgullosos de ser el pueblo más antiguo del mundo. Eran descendientes de Cam, uno de los hijos de Noé.

Decían de sí mismos, para dar una idea de su antigüedad, que desde que el pueblo egipcio existía, el cielo (los astros) había cambiado cuatro veces, y que el sol llegó a ponerse dos veces por el Este, por donde ahora se levanta, lo que supone un cambio del movimiento del planeta en los tiempos antiguos.

Abraham pensó que en la tierra de Egipto iba a tener problemas a causa de la belleza de su mujer, en la que no había reparado hasta entonces con detenimiento, debido a la vida de recato que había entre ambos. Debía tener en cuenta que Sarai sólo contaba con sesenta y cinco años, y que además de ser tan joven era extraordinariamente hermosa.

Así pues tomó a Sarai aparte y habló a su mujer y éstas fueron sus palabras: "Ahora ha llegado el momento de preocuparse de tu belleza.

Desde hace mucho tiempo sé que eres mujer de bello aspecto, pero ahora venimos a un sitio de hombres, parientes de los cushim y ellos no están acostumbrados a ver mujeres hermosas".

Esta belleza de su mujer le podría costar la vida a manos de los mitzraim, para apropiarse de ella, por lo que le dijo que fingiera ser su hermana. Y así fue. Y los ministros del Faraón halláronla muy hermosa y dijeron entre ellos que era digna del Faraón, y hablaron de ella ante él, y le ensalzaron su belleza.

Y fue llevada a presencia del Faraón y éste se enamoró de ella, y colmaron de presentes a Abraham, que recibió ganados, criados y esclavos, y entre ellos una esclava llamada Agar, que Abraham tomó como concubina para sí. Abraham incrementó sobremanera sus bienes.



En Egipto estuvo Abrahám por un período de cinco años, durante los cuales el Faraón y su pueblo sufrieron una serie de plagas y problemas, originados por Jehová-Helohim, que le hicieron sospechar que tenían su origen en su nueva mujer Sarai. Y el Faraón descubrió el engaño, y llamó a Abraham, y Abraham se presentó ante el Faraón y hallándose en presencia del monarca éste le increpó:

"Abraham. ¿Por qué me has ocultado que Sarah era tu esposa y la has presentado como tu hermana, procurando mi desgracia?. Por éso he aquí que deberás llevártela, y serás alejado de Egipto, y serás escoltado por mis soldados hasta que te halles lejos de aquí, regresando a tu lugar en Canaán. Así ha de hacerse. Parte pues con tu familia, con tus esclavos y esclavas, y con tus rebaños y aléjate de aquí".

Y Abraham fue obligado a abandonar la tierra de los mitzraim, y tomó de nuevo el camino hacia la zona del Néguev, en Canaán.

Regresaron pues a Canaán, a la zona del Néguev, y habitaron nuevamente entre Betel y Hai. Y reconstruyó Abraham el altar que anteriormente había edificado a Jehová, pues mientras permanecieron en Egipto no había construído altar alguno ni había invocado el nombre de su Dios. Y ofreció sacrificios al Señor e invocó su nombre. El tiempo fue pasando. Y vio el Patriarca que había serias disputas entre los hombres pastores de sus ganados y los pastores de los ganados de su sobrino Lot, pues la zona era estrecha para tanta hacienda y no podían morar juntos sin

enfrentamientos. Llamó Abraham a Lot y le expuso el problema y que no deseaba que entre ambos hubiese contienda. Así pues instó a Lot a que escogiese lugar para morar, y que una vez lo hubiese hecho, Abrahám iría a habitar al otro lado. Y Lot miró hacia el Valle del Jordán, al valle fértil del Sidim, y escogió morar allí, extendiendo sus tiendas hasta Sodoma. Y Abraham se estableció, al fin, en Hebrón. hubo una guerra



entre los hombres y por esta guerra las ciudades de la Pentápolis, del Valle del Sidim fueron atacadas y vencidas por los reyes del este, de la Dinastía de Acadia y la Tercera Dinastía de Ur, y sus moradores fueron hechos prisioneros y sus bienes arrebatados. Y fueron hechos prisioneros asimismo Lot y su familia y sus servidores, hombres y mujeres, y arrebatados sus ganados y todos sus bienes.

Y llegó la noticia a Abraham, quien reunió a trescientos dieciocho hombres que tenía formados como soldados, y con ellos venció y liberó a Lot y a su familia, y a sus servidores y a sus bienes, y así también lo hizo con los prisioneros de Sodoma, Gomorra y de las demás ciudades de la Pentápolis. Y descendió nuevamente la Gloria del Señor, y una vez posada en tierra, Jehová bajó de ella y habló a Abraham, diciéndole:

"Abraham, vengo a confirmar mi pacto contigo. Mira las estrellas del cielo y cuéntalas. Pues bien, te digo que tu descendencia será así de grande como grande es el número de las estrellas".

Y Abraham se extrañó al oírlo, pues no tenía descendencia, pues Sarai, su mujer no podía dársela.

Después Abraham fue a morar en el encinar de Mamré, el amorreo, hermano de Escol y hermano de Aner, quienes estaban confederados con el Patriarca.

Y por entonces habitaban las tierras el cananeo y el ferezeo.

Y llegaron las jornadas de la desolación. Y las terribles armas de los dioses fueron usadas, y grandes zonas habitadas, muchas ciudades y las instalaciones o plataformas de vuelo de los Carros Celestiales fueron borradas de la faz de la Tierra. Y durante

mucho tiempo, por causa de estas armas terribles, hubo zonas devastadas que no podían ser habitadas, por culpa del veneno que había en las cosas y aún en el aire, y que lo corrompía todo y provocaba la muerte a quien penetrase en esas áreas.

Y así sucedió con las ciudades del Valle del Sidim, que tuvieron un trágico final.

Aquel día todo era de una quietud extrema, debido a las altas temperaturas que aplanaban a las personas y a los animales, dificultando cualquier actividad por mínima que ésta fuera.

Abraham, el Patriarca y jefe de la tribu, se encontraba a la entrada de su tienda. Parecía un día más, como cualquier otro. Pero todo iba a dar un giro inesperado.

Un ligero zumbido, acompañado de un suave viento hizo que Abraham levantara sus ojos y los fijara ante la visión que tenía ante sí. La Gloria del Señor acababa de tocar tierra en las cercanías de su tienda, y tres personajes, tres mensajeros del Señor descendieron y se encaminaron hacia el lugar donde se encontraba el Patriarca.

Abraham los reconoció de inmediato, pues su aspecto regio, impresionante, y sus vestiduras los identificaban plenamente. Además ya estaba familiarizado con su presencia, pues de cuando en cuando venían a visitarle.

Se inclinó ante ellos, en una reverencia profunda para mostrarles su respeto y su sumisión.

"Y el Señor se le apareció a Abraham en la arboleda de terebintos de Mamré, cuando estaba sentado a la puerta de su tienda, al calor del día.

Y levantó los ojos y miró, y vió tres hombres que estaban parados ante él.

Y en cuanto los vió, corrió desde la entrada de la tienda hacia ellos, y se postró en tierra".

Abraham suplicó a los tres enviados del Señor que no pasaran de largo ante su tienda, sin darle la oportunidad de ofrecerles una suculenta comida, como indican las leyes de la hospitalidad entre las gentes de aquellas tierras. Se lo suplicó vehementemente.

Y los misteriosos seres aceptaron, y comieron de un becerro que aderezaron para ellos, y pan que amasaron y manteca y leche, y reposaron a la sombra de un árbol, junto a la tienda del anciano Patriarca, que por entonces tenía la edad de 99 años.

Cuando terminaron de comer y de descansar estaba ya anocheciendo y, el que parecía el jefe, y a quien el anciano llamaba "el Señor", preguntó a Abraham por su esposa Sara, y le dijo:

"Volveré a tí por estas fechas el próximo año. Para entonces, Sara, tu mujer, tendrá un hijo".

"¿A un hombre de cien años ha de nacer hijo?. ¿Y Sara ya de noventa años ha de parir?".

Abraham no podía dar crédito a lo que le habían predicho.

Sara, que escuchaba a escondidas se rió, pensando que no era posible que, ya en la vejez, pudiera parir un hijo.

Recriminaron a Sara duramente por haberse reído de su futura gestación, pues los dioses tenían poder para éllo y élla quiso disculparse diciendo que no se había reído,

sino que había sentido miedo, pero ellos le contestaron que sí se había reído, e insistieron en que les nacería un hijo, al cual deberían poner por nombre Isaac. Mientras hablaban todo esto, sus miradas se dirigían insistentemente en dirección a la ciudad de Sodoma. Abraham se dió cuenta de aquel interés por la ciudad. Los tres enviados se levantaron, y le dijeron a Abraham que no le iban a ocultar lo que habían venido hacer.

"Hemos oído un clamor sobre las abominaciones de Sodoma, Gomorra y las otras tres ciudades, (cinco ciudades que constituían una Pentápolis, y cuyos nombres eran: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor), y deseamos comprobar por nosotros mismos si es cierto tanta abominación, y si han consumado ya su obra".

Sería muy interesante saber quién informó a los dioses de lo que acontecía en las ciudades citadas, y que obligó a éstos a comprobar por sí mismos la realidad de los informes recibidos, que originaron el terrible castigo que iban a sufrir. Dos de los varones se dirigieron caminando hacia Sodoma, mientras que el que los dirigía, el Señor, se quedaba con el Patriarca. Y siguió informándole sobre lo que iban a hacer.

"Voy a destruir estas ciudades, y a no dejar sobre ellas piedra sobre piedra, exterminando a todos sus pobladores, arrasando, también, los campos circundantes" .

Mostró Abraham temor ante estas palabras, y temió también por Lot y toda su gente. Cuando los dioses llevaban a cabo algún castigo, éste era de consecuencias aterradoras.

Pero el Señor le tranquilizó, anunciándole que pondría a salvo a su sobrino. Era ya prácticamente de noche, cuando los dos enviados llegaban a la ciudad de Sodoma, encontrando sentado en sus puertas a Lot, el cual reconoció a los visitantes, inclinándose ante ellos como señal de reverencia y sumisión.

Pese a las palabras tranquilizadoras del Señor, Abraham temía por la suerte de los habitantes de las cinco ciudades, pues no consideraba que debieran pagar con sus vidas aquellos habitantes que no hubiesen sido corrompidos.

Así pues, decidió interceder por aquellas gentes.

Pero debía hacerlo con prudencia, pues temible era la cólera de los dioses, cuando ésta se desataba.

Juntando sus manos y dirigiéndolas hacia su interlocutor en actitud de súplica, le dijo, temeroso:

"Oh, Señor, ¿Harás una destrucción tal, que incluya también a las personas justas?. ¿Destruirás al justo en unión de el impío?.

Tal vez hubiera cincuenta justos en la ciudad. ¿La destruirás igualmente, sin perdonarla por los cincuenta justos ?.

Tú eres el Juez de toda la Tierra. No debes tratar a todos por igual.

Nunca hagas eso, mi Señor. No, no lo hagas. No trates al justo como al impío".

El dios miró a Abraham, y sonrió ante la petición del anciano. Después volvió su mirada hacia Sodoma y nuevamente su rostro tornó a ser grave. Y habló. Y éstas fueron sus palabras:

"Si yo pudiera hallar cincuenta justos en el interior de estas ciudades, las perdonaría por amor y por justicia ante esos cincuenta. No. Puedes tener la seguridad que no habría tal destrucción".

Abraham, tímidamente, se atrevió a ir más allá:

"Aunque soy polvo y ceniza, me atrevo a suplicar aún por cinco menos. Sólo por cinco menos. ¿Si hubiera tan sólo cuarenta y cinco justos, ¿Serían destruidas las ciudades?"

"No. No las destruiría si sólo hallara cuarenta y cinco justos".

"¿Tal vez cuarenta?"

"No lo haré si se encontrasen allí cuarenta".

"No te enojés, mi Señor, si continuó hablando...¿Treinta?. ¿Si hubiera treinta?"

El Señor sonrió. Le agradaba la bondad de este anciano, y su defensa de aquellas poblaciones.

"Si hubiera treinta, Abraham, tampoco destruiría las ciudades".

"Ya que he comenzado Señor... ¿y veinte?. ¿Si tan sólo hubiera veinte justos?"

"No destruiría las ciudades si hubiera veinte. Por amor de esos veinte, no habría destrucción".

"Sólo por última vez, Señor. Por diez justos. Si hubiera diez justos..."

El misterioso personaje, finalizó diciendo:

"No las destruiría si hubiera tan sólo diez justos".

Después, majestuosamente, se dirigió a la Gloria del Señor, y entrando en élla, ésta se elevó en el aire. Parecía una bella joya brillando en el cielo. Una vez que alcanzó una determinada altura, partió velozmente, desapareciendo de la vista del Patriarca, que se quedó en silencio, abrumado, con la mirada puesta en el punto por donde el Trono del Señor había desaparecido.

Bien sabía Abraham que no había ni siquiera diez justos en aquellas depravadas ciudades, donde comían hasta que vomitaban, practicaban la violencia sexual en

todas sus formas, y donde el ser humano había perdido toda vergüenza y dignidad, adoptando comportamientos inconcebibles para seres humanos, y que ni siquiera las bestias realizaban.

Asaltaban a los forasteros, los violentaban sexualmente, ofendiendo su dignidad de forma brutal, asesinaban y llegaban a beber la sangre de los desgraciados que se convertían en sus víctimas. Vivían totalmente embrutecidos, en continuas orgías de sexo, sangre, gula y cuantos vicios y degeneraciones se pudiera imaginar.

No había en ellos atisbo alguno de humanidad, cohabitando incluso con los animales, pese a la advertencia clara del Señor: "Maldito de mí el hombre o la mujer que se ayuntare con una bestia".

Lot insistió para que los forasteros, enviados celestiales, se alojasen en su morada, donde les ofrecería un banquete, y donde podrían descansar.

Pero los habitantes de Sodoma, cuando los dos varones se retiraban para dormir, se llegaron a la puerta de la casa, y a grandes gritos y con fuertes risotadas, ebrios la mayoría, exigieron la presencia de Lot.

Este acudió presuroso, suplicando a los sodomitas que se habían concentrado allí, desde los más jóvenes a los de mayor edad, para que se alejasen y dejaran descansar en paz a los dos forasteros.

"¿Quién eres tú, Lot, un extranjero entre nosotros, para decirnos lo que debemos o no debemos hacer?. En repetidas ocasiones hemos tenido que soportar que te dirigieras a nosotros, para censurar nuestros actos y despreciando nuestras costumbres, amenazándonos con los castigos de tus dioses. Hasta ahora hemos tenido paciencia contigo y con tu familia, pero nuestra paciencia toca ya a su fin.

Te advertimos que no podías invitar a nadie a tu hogar, sin nuestro consentimiento y aprobación, hasta que nosotros los hubiésemos examinado.

Saca pues a esos hombres, para que podamos ejercer violencia carnal contra ellos, según nuestras costumbres".

Lot contestó:

"Respetad las leyes de la hospitalidad, y marchaos. Temed al juicio del Señor, y volved a vuestras casas, con vuestras legítimas esposas".

"¡Maldito seas, Lot, y maldito sea el vientre que te engendró!. ¡Cesa ya en tus vanos discursos y dános a los forasteros, tal como te hemos exigido!".

Lot, asustado, llegó a ofrecer a sus propias hijas, para evitar que deshonrasen a los enviados del Señor.

"Mirad que tengo dos hijas aún solteras y que no han conocido varón. Tomádlas y haced con ellas cuanto os plazca".

"¡Estás colmando nuestra paciencia, Lot!. ¡Déjanos pasar, o tú y tu familia sufriréis las consecuencias!".

E intentaron violentar la entrada, dando un fuerte empujón a Lot, que cayó al suelo, hacia el interior de la vivienda.

Cuando todo parecía ya perdido, aparecieron los dos misteriosos varones, quienes salieron, cerraron la puerta de la vivienda, con Lot dentro, y se enfrentaron a los presentes. Todos se quedaron quietos, mirándolos. Cuando intentaron arrojarlos contra ellos, los dos enviados emitieron, con un objeto que portaban, una luz deslumbrante muy intensa, que dejó ciegos a los sodomitas, que ya no pudieron conseguir sus depravados fines.

La situación habíase tornado insostenible, por lo que los dioses urgieron a Lot:

"¡Toma a tu mujer y a tus hijas, y a cuantos familiares tengas, y abandona la ciudad, porque el clamor contra ella ha llegado hasta Jehová, y vamos a destruirla!. ¡Házlo rápidamente, pues ya no queda tiempo!".

Lot avisó a sus yernos, y a sus siervos, advirtiéndoles que se apresurasen en abandonar Sodoma, porque el Señor iba a destruirla. Pero todos tomaron a broma, con grandes risas, cuanto Lot les decía, y no hicieron caso.

Así pues, los dos enviados empujaron a Lot, a su mujer y a sus dos hijas solteras, para que se marcharan, dejándolo todo.

Los dioses llevaron casi en volandas a Lot, a su mujer y a sus dos hijas a las afueras, y le dijeron al sobrino de Abraham:

"¡Escapa!. ¡Huye a las montañas!. ¡Huye y no mires siquiera hacia atrás!. ¡Huye por tu vida!".

Lot, aterrorizado, temía que no les diese tiempo a llegar a las montañas, por lo que pidió a los dioses que retrasasen la destrucción para darles tiempo a llegar a la ciudad de Zoar, la ciudad más alejada de Sodoma. Los dos varones accedieron, pero siguieron urgiendo a Lot, para que se apresurase a alejarse de allí.

"De acuerdo. Escápate a esa ciudad. Pero dâte prisa, pues no podemos hacer nada hasta que te encuentres a salvo".

Mientras Lot, su mujer y sus dos hijas solteras se alejaban presurosos, la Gloria del Señor descendió y los dos varones penetraron en ella. Después se elevó y rápidamente se perdió en el cielo, como una estrella.

La suerte de las cinco ciudades estaba echada.

A las primeras horas del alba, Abraham se hallaba sobre la cima de una montaña, cerca de Hebrón, a unos 35 kilómetros de la zona donde se iba a desarrollar el terrible drama marcado por la cólera del Señor.

Miraba inquieto en la dirección donde se hallaba la ciudad de Sodoma, advertido de su inminente destrucción.

En el cielo, dos pequeñas luces se desplazaban velozmente, descendiendo hacia el valle de Sidim, y pasando en vuelo rasante sobre la ciudad de Sodoma, así como

sobre las otras ciudades de la Pentápolis, para elevarse nuevamente hacia lo alto.

Después se detuvieron. Quedaron estáticas en el cielo por unos minutos.

El corazón de Abraham comenzó a latir aceleradamente.

En una de las luces se advirtió un destello. Algo pareció desprenderse, cayendo hacia el suelo.

A unos 500 metros sobre el suelo se produjo una terrible explosión. Una luz intensa, como el fulgor de mil soles se formó, iluminando el paisaje como si fuera la luz del día, pero con una intensidad extraordinaria.

De pronto se produjo una especie de penumbra, de la que destacó una luz púrpura, que acompañada de una gran humareda se elevó hacia el cielo.

Un viento huracanado barrió todo cuanto se encontraba a su paso sobre la superficie de la Tierra. Todo, en cuestión de segundos, quedó reducido a cenizas.

El suelo se estremeció, y de igual forma se estremecieron los corazones de las personas.

Una especie de hongo gigantesco ascendía hasta unos veinte kilómetros de altura.

Todo quedó reducido a la nada. La destrucción fué total, y no quedó piedra sobre piedra, ni personas, ni animales, ni siquiera la hierba de los campos circundantes. Nada escapó a la cólera del Señor.

De los ojos de Abraham se deslizaron algunas lágrimas de compasión hacia las víctimas de tamaño holocausto. Lágrimas que realmente no se merecían, tal había sido su depravación.

A la destrucción inicial se añadió un cataclismo sísmico, que abrió las entrañas de la Tierra. Los depósitos de alquitrán y el petróleo que yacía bajo tierra explotaron a su vez, aumentando las consecuencias del desastre, con azufre y fuego intenso.

Se produjo una brecha en la zona Meridional, una ruptura de la costa y la zona, que se hallaba bajo el nivel del mar, se vió anegada por las aguas, que sumergieron las regiones bajas del sur, tragándose las ruinas de las ciudades malditas.

"El sol se elevaba sobre la Tierra cuando Lot llegó a Zohar. Y el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra desde los cielos, azufre y fuego de parte de Yavéh.

El destruyó aquellas ciudades y toda la llanura, y a todos los habitantes de las ciudades y toda vegetación que crece desde el suelo".

El lago de Lot, con una cantidad de sal superior al 27%, fué la tumba final para quienes se atrevieron a desafiar al Señor. Fué llamado el Mar Muerto, o Mar de la Sal, (o Lago Asfaltitos por los romanos).



Lot y su familia fueron a morar a las cuevas de las montañas, pues no se consideraba seguro en Zohar, que creyó sería destruída, también. La destrucción llegó a ser de tal extremo, que esta familia creyó que habían llegado a ser los únicos habitantes de la Tierra.

La mujer de Lot, que era no creyente, y que deseaba saber cuál había sido la suerte que había seguido la gente de Sodoma, volvió sobre sus pasos y penetró en el área de la explosión, quedando vaporizada.

Pese a que la tribu de Abraham se hallaba acampada a ochenta kilómetros de la zona, el Patriarca ordenó levantar el campo, aterrorizado, y desplazarse a zonas más seguras.

Era el año 2024 antes de Cristo.

Así pues, viendo Lot que la destrucción era muy grande, y que todo había quedado arrasado, y temiendo por sus vidas que parecían no garantizar su estancia en la ciudad de Zoar, mudáronse a unas cuevas existentes en las montañas, donde se refugiaron de la terrible devastación.

Zoar, que no fué exterminada, quedaba sin embargo en la zona del desastre, por lo que sus habitantes la evacuaron dejándola abandonada.

Pasado algún tiempo, Lot y sus hijas pensaron que eran los únicos habitantes de la Tierra, pues toda el área había quedado sin gente, que se había alejado de los efectos mortales de la radiactividad.

Pensando que iban a quedar sin descendencia, idearon acostarse con su padre, para lo cual lo embriagaron y yacieron con él, quedando ambas encinta. Por aquella época no parecía haber problemas en que se pudiera tener más de una mujer, o en la relación entre parientes consanguíneos.

La mayor de las hijas dió a luz a Moab, que fué el padre de los actuales moabitas.

La más joven parió a Ben Ammí, padre de los actuales ammonitas.

Abraham se quedó a vivir en el país de los filisteos durante muchos años, y su esposa Sara dió a luz a un varón a quien pusieron por nombre Isaac, cumpliéndose así la predicción de los dioses, que posiblemente tuvieron mucho que ver en ese nacimiento.

Aquí acaba el relato sobre la destrucción de la zona donde se asentaban las cinco

ciudades que fueron malditas por su anormal comportamiento.

Pero ¿fue así en realidad?. ¿No sería al revés, que las ciudades fueron destruidas por ser leales al dios rival de Jehová, llamado Enki, cuyo símbolo era la serpiente y que era su hermano?.

Jehová era, al parecer, Enlil, el dios que odiaba o al menos despreciaba al ser humano, y que participó en todas y cada una de las acciones en que se produjo una destrucción o devastación, buscando la desaparición de esa Humanidad esclava, Humanidad que repugnaba a ese Enlil, que fue adoptado como Dios por el pueblo de Israel, que no pudo hacer peor elección.

Entre el malo y el bueno, eligieron al malo como Dios de Israel, el dios cruel y vengativo de la Biblia.

Jehová-Enlil, fue quien produjo el Diluvio que arrasó el planeta, y que pudo acabar con el ser humano de no haber sido por el aviso y la ayuda del dios bueno, Enki, Diluvio que horrorizó incluso a los propios dioses Annunakis, y que los obligó a abandonar, temporalmente, nuestro planeta.



¿Fueron entonces los habitantes de la Pentápolis culpables de un comportamiento antinatural y castigados por éllo, o bien fueron víctimas de la rivalidad de los dioses en sus disputas y espantosas guerras?.

Los dioses encargados de provocar la destrucción, no sólo destruyeron las cinco ciudades de Canaán, sino las instalaciones, (espaciopuerto), que los dioses rivales mantenían en el Sinaí. La explosión del Valle de Siddim fue secundaria pero unida a la espantosa destrucción del Sinaí.

La radiactividad producida por estas destrucciones afectó a todo Sumer, y las gentes morían de una muerte terrible, así como los animales. Todo quedó contaminado, y la tierra imposibilitada para el cultivo.

La gran civilización de Sumer desaparece, y la herencia pasa a Abraham y a su semilla Isaac.

Muchos arqueólogos e historiadores siguieron la pista de estos sucesos, y no pudieron hallar los restos de las ciudades malditas, pero otros creen haberlas hallado justo en la zona donde la Biblia dice que se hallaban. Pero, ¿son esas ciudades las que formaban

parte de la Pentápolis?.

Desde luego, lo fueran o no, estas ciudades encontradas también habían sido destruidas.

Estos relatos de las idas y venidas de los dioses, y de sus terribles enfrentamientos vienen descritos en los textos cuneiformes de las tablillas de la civilización sumeria, de donde bebieron los cronistas que escribieron la Biblia.

Antiguamente, la palabra arqueólogo o Arqueología, hacía temblar a los poderes establecidos, y estaba prohibido que cualquier información que no confirmase los relatos de la Biblia llegase a conocimiento público.

Tal vez por la cantidad de restos que suelen dejar las destrucciones como ésta de la que hablamos, los arqueólogos se dedican a investigar a fondo los lugares bíblicos, para comprobar si hay algo de real en esos relatos.

Según palabras del arqueólogo alemán Werner Keller, que copiamos literalmente, sobre lo que ocurrió en la citada zona, tenemos que:

"El Valle de Siddim, que incluye Sodoma y Gomorra, se hundió un día en el abismo junto con el basamento de la enorme fisura que pasa precisamente a través del área. La destrucción ocurrió en el momento en que se produjo un gran terremoto, el cual posiblemente fue acompañado de explosiones, efectos luminosos, pérdidas de gas natural e incendios de todo tipo".

Efectivamente, si observamos dónde está colocado el Mar Muerto, éste se encuentra en la superficie de un área muy activa en terremotos. El Lago de Lot, como también se le denomina, se apoya en una profunda depresión tectónica. El valle de Siddim se hallaba situado en una zona de peligrosa tensión de la corteza terrestre.

Todo hace pensar que hubo un terremoto seguido de una explosión volcánica en la costa del Lago de Lot.

Añade Keller, en su análisis de lo que pudo haber ocurrido:

"El hundimiento liberó las fuerzas volcánicas que yacían dormidas muy abajo, a lo largo de toda la falla geológica. En el Alto Valle del Jordán cerca de Bahsan aún hay cráteres sobresalientes de volcanes extintos.

Sobre la superficie de piedra caliza se han depositado grandes tramos de lava y profundas capas de basalto".

National Geographic, dice sobre el suceso:

"El Monte de Sodoma, una tierra árida, se destaca notablemente sobre el Mar Muerto. Nunca nadie ha encontrado las ciudades destruidas de Sodoma y Gomorra, pero los estudiosos creen que se hallaban en el Valle de Siddim, frente a esos riscos. Posiblemente las aguas del Mar Muerto las sumergieron, después de un terremoto".

Claro que, sin negar ésto, que es una explicación muy racional, podemos añadir nuestro aporte con algo de "irracionalidad": ¿Una explosión nuclear pudo desencadenar la catástrofe sísmica, cuyos efectos vinieron a sumarse a los efectos de

esa explosión?. Las fuerzas de la Naturaleza yacían dormidas: ¿Pudieron despertar a raíz de la explosión provocada y nada natural?.

Esa es la cuestión. No se trata de negar el cataclismo sísmico, que hoy se admite como la causa probable de la devastación, sino plantear la duda de si ese cataclismo se hubiera producido de forma natural en ese espantoso día, o se desencadenó inducido por un arma terrible, lanzada por los dioses.

En la actualidad, cuando se producen detonaciones nucleares, se produce un terremoto, (o varios), asociados a esas explosiones. ¿Pudo ocurrir lo mismo en aquel lugar?.

Los que vivían en zonas aledañas, en mayor o menor cercanía al "área de castigo", abandonaron el lugar, precipitadamente, y tardaron 21 siglos en acercarse por allí.

Las fuentes y cursos naturales de agua quedaron contaminadas por radiactividad, que aún está presente en la actualidad, y quienes bebieron de ellas, animales o humanos, sufrieron las consecuencias que todos conocemos que se derivan de una contaminación radiactiva.

Si damos algo de credibilidad a los relatos bíblicos, los mensajeros del Señor "retrasaron el castigo", para dar tiempo a Lot y a su familia para que se alejasen de la zona. ¿Un cataclismo sísmico, de origen natural, se puede retrasar a voluntad?.

Claro que queda en el aire la posibilidad de que los cronistas bíblicos aprovecharan los desastres naturales para asignarles la condición de castigos divinos y fuesen así ejemplarizantes.

Huellas hay, y muchas. Pero, ¿a qué fenómeno natural podemos asignar la radiactividad detectada en ese área?.

Durante muchos años, la zona estuvo inhabitable, y las enfermedades por contaminación radiactiva que afectaron a los animales y personas, no creo que puedan ser achacadas a terremotos o volcanes.

Hubo volcán, hubo cataclismo sísmico, sí, pero ¿quién o qué lo provocó?.

Cuando Dios establece su pacto con Abraham, y le anuncia una enorme descendencia, y que en él serán benditas todas las naciones, no aclaró al Patriarca cómo se produciría esto, pues Sara no podía darle un hijo.

Esto lo solucionó Sara, entregando a su esclava egipcia Agar para que fuese fecundada por Abrahám. Y Abraham aceptó procurar su descendencia a través de Agar, la egipcia, y entró a ella. Y Agar quedó encinta, y mientras la gestación iba avanzando, Agar se burlaba de Sara, a quien torturaba de manera continua. Y nació de Agar un hijo que fue llamado Ismael, el padre de los pueblos árabes.

Y con este nacimiento cometieron un grave error Sara y Abraham, un error que ha traído muerte y amargura desde entonces y hasta nuestros días.

Sara fue visitada por los dioses, y quedó encinta de ellos, pues era costumbre de los dioses copular con las hijas de los hombres y de su unión nació Isaac.

Isaac fue pues un semidios, del cual descendería el pueblo de Israel, a partir de Jacob. Jehová le dijo a Abraham que este hijo sería el verdadero descendiente, y que en él se cumpliría el Pacto.

Los árabes no aceptan esto, y afirman que todo se debe a una manipulación judía de los textos sagrados. Creen que Abraham es musulmán, y que su pueblo es el heredero

del pacto con Dios o Alá.

Sara parió un hijo, cuando contaba con noventa años, y le fue puesto el nombre de Isaac. Tenía entonces Ismael trece años.

Sara seguía sufriendo por los desaires y burlas de Agar hacia élla, y porque veía que Ismael iba tratando con desprecio a su hijo Isaac. Y se quejó a Abraham y tanto Agar como Ismael fueron expulsados, y Agar llevó a su hijo hasta el desierto, donde estuvieron a punto de morir.

Uno de los seres celestiales vio cómo Agar sufría por la suerte de Ismael, su hijo, y le ordenó volver con Abraham, y someterse a los deseos y normas de Sara.

Así pues, Israel sería el pueblo con sangre divina, aunque el pueblo árabe, como decíamos, no acepta tal cosa.

De Isaac nacieron Esaú y Jacob. De Jacob nacieron 12 hijos y a la descendencia de esos hijos de Jacob se les llamó las 12 tribus de Israel.

Jacob tuvo un encuentro con un misterioso personaje que mantuvo un combate con él durante toda una noche. Jacob venció en la lucha, pero se dio cuenta de que aquel hombre era de origen divino y le pidió su bendición. Este se la dio, y le puso por nombre Israel, ("El que venció a Dios y a los hombres").

De estos 12 hijos de Jacob, ahora Israel, se eligió a Judá para que fuese su líder, y así lo fueron los hijos de Judá, quienes dirigieron a las 12 tribus de Israel. Por tanto, a estos israelitas se les llamó judíos. Hoy no son sólo israelitas los judíos, sino que lo son también los no judíos, como los cristianos que viven en Israel. Son judíos los que practican o siguen la religión de Moisés.

Después de haber estado 400 años esclavizados en Egipto, y liberados por Jehová, a través de Moisés y de su hermano Aarón, y llegados a Canán dirigidos por Josué, es decir, cuando se produce el segundo Exodo de los judíos, éstos entran en la Tierra Prometida, donde habitaba el cananeo.

Estos cananeos eran de cultura pagana, que nada tiene que ver con los árabes o musulmanes, y sus ritos eran abominables, pues entre ellos solían meter a niños dentro de una estatua de bronce al rojo vivo, del dios Molok, y quemarlos vivos de esa manera. También utilizaban la sodomía ritual y otras barbaridades.

Jehová ordenó a su pueblo que los exterminasen, aunque los israelitas lo efectuaron a medias.

Se produce la primera fundación del Estado de Israel, hecho que se produce en el 1300 a.C. A partir de la conquista de Canaán, los judíos permanecen en Judá, (posteriormente Israel), durante dos mil años, excepto el tiempo que este pueblo estuvo en cautiverio en Babilonia. Tuvieron pues esta tierra, heredada por el Pacto de Jehová con Abraham, más tarde con Isaac y también con Jacob, (Israel), hasta el tiempo del llamado Yeshúa, el Mesías cristiano, (Jesús el Cristo).

A raíz de las revueltas de los judíos contra la invasión de los romanos, Jerusalén es destruída por el general Tito en el año 70 d.C.

Más tarde, hubo un nuevo ataque contra Israel por parte de un emperador llamado Adriano, homosexual declarado, que sentía un odio enorme hacia la moral judeocristiana que condenaba estas prácticas homosexuales, basada esta condena en el mandato de Jehová:

"Maldito de mi el hombre que se ayuntare con otro hombre.  
Maldita de mi la mujer que se ayuntare con otra mujer.  
Malditos de mi los hombres y mujeres que se ayuntaren con una bestia".

Este emperador aprovechó una nueva revuelta de los judíos contra la invasión romana para expulsar a los judíos de Jerusalén (132 d.C.) y edificó un templo pagano sobre lo que quedó del templo de Israel.

Fue este emperador quien, de manera muy despectiva, puso por nombre "Palestina" (por los filisteos) a Israel.

A través de los años, y pese a todo ésto, jamás dejó de haber presencia judía en Israel. JAMAS HA EXISTIDO UN ESTADO PALESTINO EN ESA TIERRA. ES SOLO UN INVENTO DE ADRIANO POR SU ODIOS HACIA LOS JUDIOS.

Por mandato divino, los judíos son los legítimos poseedores de Israel. Existe un pasaje bíblico donde se hace notar el odio histórico hacia Israel, cuando Esaú, privado de la primogenitura por su hermano Jacob, se une al pueblo árabe, al casarse con descendientes de Ismael.

" Y aborreció Esaú a Jacob por la bendición con que su padre lo había bendecido, y dijo en su corazón: Llegarán los días del luto de mi padre, y yo MATARE A MI HERMANO JACOB". (Génesis, 27:41).

Terribles palabras y espantoso odio que ha llegado hasta nuestros días, y constituye la génesis del conflicto árabe-israelí, que nunca cesará, hasta que uno destruya al otro de manera definitiva, arrastrando en ese odio a los partidarios de uno y otro bando.

El escenario está preparado, y corresponde al planeta entero. Sin embargo, el inicio de todo está en Oriente Medio, en la tierra de Israel. Cuando los israelitas se defienden encuentran siempre voces de protesta en el mundo no sólo islámico, lo cual sería lógico, sino en grandes sectores de la población occidental.

Consulto el reloj. Es ya la una de la madrugada.

Me preparo un café y dejo descansar un momento el ordenador. Enciendo el televisor y busco algo que pueda distraerme un poco. Sorpresivamente encuentro un documental relacionado con el tema que estamos comentando. Presto, por tanto, una gran atención. Están hablando de la Yihad. Una mujer musulmana, vestida con un burka besa a su pequeño hijo, a quien ha puesto por nombre Osama.

Dice que este nombre se ha hecho ahora muy popular y que los Osamas abundan en honor del gran guerrero de Al Qaeda.

Veo un picnic familiar al borde de un río. Varias mujeres juegan al parchís. Un hombre mayor, el Patriarca de la familia increpa a las mujeres y les dice:

-¡Táparos la cara!

Después comenta a las cámaras:

-Del Islam y del peligro que para nosotros suponen los no creyentes se habla en todos los hogares. Tengo varios hijos varones. No dudaría en sacrificarlos a todos.

Si la situación sigue así, no lo dudaría. Sería para mí un orgullo.

Uno de los hijos, a su lado, elogia el papel de un Sahid. (SAHID=MARTIR).

La madre del pequeño Osama vuelve a hablar y dice:

-Quiero preparar a mi hijo para que sea un guerrero.

Le preguntan:

-¿Serías capaz de mirar a tu hijo a los ojos y decirle que le sacrificarías?.

Ella sonríe y contesta sin dudarle:

-Por supuesto que sí. Quiero que sea un Sahid.

Esta mujer, que contrajo matrimonio con sólo 13 años añade:

-Deseo tener más hijos, para contribuir a la Yihad. Deseo sacrificarlos a todos.

Casi me atraganto con el café al oír ésto.

Ella afirma que el hombre que muere por la Yihad es recompensado en el Paraíso, con bebida y 72 vírgenes.

-¿Y la mujer?. ¿Qué hay para la mujer?.

-La mujer podrá sentarse al lado de su marido. Las 72 vírgenes la servirán.

Nuevamente la cámara busca al Patriarca que se halla al borde del río:

-Esto no se detendrá nunca, hasta el Día del Juicio Final.

Lo tengo claro. No habrá pues paz, como no sea la paz de los cementerios.

La paz que se solicita por parte de personas pertenecientes al mundo intelectual, movimientos pacifistas, o desde grupos y asociaciones de palabra fácil y actuar lento, y visión utópica de la realidad, no es paz, sino un llamamiento al suicidio. Ya no es sólo un problema que afecte a los judíos. Es un problema que afecta a toda la humanidad. Y esa humanidad está en un serio peligro. Sin embargo las gentes actúan metiendo la cabeza bajo la arena, como las avestruces, pretendiendo con éllo evitar un peligro que está ahí y que es muy real.

No existe paz para el mundo no musulmán. Los islámicos, (y no sólo los fundamentalistas), no cejarán en su empeño de islamizar al mundo entero, exterminando a quien ofrezca resistencia.

La paz no es paz, es un suicidio, decía Oriana Fallacci, cuando consideraba que en nombre de la paz se cedía a la prepotencia, a la violencia y a la tiranía, y un pueblo se resigna al miedo y renuncia a la dignidad, a la libertad.

Se dice, por parte del mundo musulmán, para reforzar la idea de que el Islam es una religión de paz: "Quien mata a una persona es como si matara a toda la Humanidad", pero sin embargo se exhorta una y otra vez a la lucha y a la destrucción de cuanto se considere ajeno al Islam.

Hay quien dice, sin embargo, que la Yihad no es violencia, no es muerte, sino la mejora de la vida espiritual.

Una mujer, partidaria de la no violencia asegura que los responsables en gran medida son sus dirigentes eclesiásticos. ¿Cuántos serán partidarios de la paz?, me pregunto. Me temo que muy pocos. Lo veo cuando en los noticiarios observo la reacción de los pueblos mayoritariamente islámicos cuando se produce un atentado.

No es bueno que el corazón se imponga al cerebro.

Los fundamentalistas empujan a la gente a la Guerra Santa, y matar infieles lo consideran una obligación.

Ellos consideran a las mujeres occidentales, a nuestras madres, esposas e hijas como putas, "pues como putas se visten y como putas se comportan", y ese insulto deben sufrirlo las mujeres en nuestros propios países, por los musulmanes radicales que vienen aquí a vivir en nuestra sociedad, sociedad en la que jamás se integran, y cuyo objetivo, al venir aquí es "estar ya dentro" para cuando llegue el momento. Son

guerreros "durmientes" a la espera de actuar. Es el Caballo de Troya, en las entrañas del mundo occidental.

Sin embargo existen voces dentro del Islam que insisten en que el Islam es paz y no violencia.

Pero los fundamentalistas van ganando terreno y creen ser los poseedores de la verdad absoluta y esa voluntad la desean imponer, por las buenas o por las malas.

Así está el panorama en estos momentos.

Parece que algo se está preparando. Que el ambiente se va caldeando y que estallará, más tarde o más temprano, en un conflicto que todos los profetas catastrofistas (¿o realistas?) consideran que se generalizará, y arrastrará al mundo a la vorágine de la destrucción y la muerte. Una guerra Global. El Armagedón.

¿A quién beneficia esta situación?. ¿Quién o quiénes se interesan por lograr que este enfrentamiento se generalice?. ¿Quién está en la sombra?.

¿Estamos en la eterna disputa entre los dioses, en la que nosotros, sus servidores (o esclavos) nos vemos arrastrados como simples marionetas?. ¿Vamos hacia la batalla final?.

Cuando en el año 70 d. C., como consecuencia del levantamiento judío contra los romanos, Tito reprimió ese levantamiento, lo hizo duramente, y la destrucción fue tremenda, afectando incluso al lugar más sagrado de Israel, su templo, que fue profanado, saqueado y destruido.

Los romanos apresaron a miles de judíos, que fueron vendidos posteriormente como esclavos a lo largo de todo el Imperio Romano. A pesar de éllo, aún quedaron suficientes judíos que mantuvieron su conciencia de nación y se mostraron más unidos que nunca.

En los tiempos de Adriano, los judíos protagonizaron un nuevo levantamiento, que iba a resultar el último. Los que sobrevivieron a la matanza fueron expulsados de su tierra y diseminados, (Diáspora=Dispersión), a lo largo de toda Arabia Meridional, Africa y los pueblos europeos, protagonizando un drama que pocos pueblos han vivido a lo largo de la Historia. Durante 2.000 años fueron sintiendo el dolor de no tener patria propia, y ser perseguidos y despreciados en numerosas ocasiones, llegando a sufrir un terrible holocausto durante los años que conformaron lo que llamamos la 2ª Guerra Mundial, horrorosa demostración de hasta dónde puede llegar el ser humano cuando es dirigido, desde la sombra, por poderes espantosos que intentaron, a través del nacional-socialismo, conquistar el planeta. En esos terribles años, una horrible realidad, ajena a este mundo, interfirió con nuestra realidad. Los judíos fueron los que sufrieron las peores consecuencias derivadas de esa barbarie, que algunos mentecatos pretenden negar en la actualidad, a través de movimientos auspiciados por algunos países musulmanes, como Irán, y que se van extendiendo como una epidemia.

Fueron perseguidos, detenidos, deportados, torturados. Se experimentó espantosamente con ellos, fueron condenados a trabajos forzados en campos de concentración y fueron ejecutados por millares, alcanzando la cifra superior a los 6.000.000, acompañados por una multitud de discapacitados, enfermos, homosexuales, gitanos, etc. con lo que las víctimas superaron los 17.5 millones de víctimas.

La disculpa para poder destruir a los judíos fue que se consideraba a esta raza inferior a la raza aria, utilizando la teoría de Darwin de que el fuerte debe suprimir al débil, haciendo creer a los seguidores de los nazis que en la vida de los seres humanos también era válida la ley de la selva.

¿Quién se ocultaba detrás de todo ese horror?. ¿Quién movió los hilos que hicieron posible semejante episodio oscuro en la historia de la Tierra?.

¿Otra vez el eterno enfrentamiento entre los dioses?.

La 2ª Guerra Mundial fue un intento serio de devastación y control mundial, que debe tenerse presente de manera permanente, pues nos debe servir para actuar cuando llegue ese "Asalto Final" que muchos predicen, y que se iniciará en Oriente Medio.

Esos que llamamos dioses, ¿son los mismos que las Escrituras Sagradas llaman los Angeles Caídos?.

"El Rey de este mundo es Lucifer", decía Yeshúa, (Jesús, llamado El Cristo). Al terminar la 2ª Guerra Mundial, los judíos comenzaron un nuevo éxodo, para regresar a su patria original, Israel, a quien el emperador Adriano, en un alarde de burla y desprecio bautizó con el nombre de los antiguos enemigos de Israel, los filisteos: Palestina.

Este regreso, y la posterior creación del Estado de Israel, hogar nacional para el pueblo judío, en 1948, (recordemos que ya había sido fundado, en realidad, en el año de 1300 a. C.), es la causa del actual conflicto árabe-israelí, germen de una futura conflagración mundial, que cambiará, para siempre, la Historia de la Humanidad.

Cuando los judíos llegaron a la tierra de sus antepasados al finalizar la 2ª Guerra Mundial, a la tierra prometida por Jehová a la descendencia de Abraham, los árabes establecidos en esos territorios que habían ido ocupando poco a poco, no estaban lejos ideológicamente del nacional-socialismo.

Para muchos musulmanes radicales tener un pasado nazi es un motivo de orgullo, no de vergüenza. Si bien no todos los árabes se pusieron del lado del Tercer Reich, la mayoría sin embargo sí apoyaron al nazismo, sobre todo en cuanto se refiere al exterminio de los judíos, lamentando que no lo hubieran conseguido. Era una oportunidad única para hacer desaparecer a sus enemigos para siempre, y así colaboraron en muchos aspectos con los nazis.

No se consiguió, afortunadamente, gracias a la Comunidad Internacional, que impidió que aquella barbarie triunfara.

En junio del año 1922, la Sociedad de Naciones Unidas estableció, de manera formal, algo que ya venía funcionando desde 1917, cuando los británicos derrotaron al imperio turco, que hasta entonces había dominado el territorio de Israel, (o Palestina, como se insiste en llamar a esa zona).

Los británicos se adueñaron de los reinos de Feisal, (Irak), Abdullah, (Jordania), Palestina y Egipto.

El Ministro Británico de Exteriores, Lord Balfour respalda las aspiraciones de los judíos por restablecer su patria en Israel.

Se dio un fuerte impulso al regreso de los judíos y se lleva a cabo una compra importante de tierras a los árabes de la zona, que pese a que no las consideraban útiles, las vendieron a un alto precio.

Se elaboró un documento, a través del cual se recordaba, e instaba al Reino Unido a cumplir sus responsabilidades y deberes en su administración de ese lugar. Se hacía hincapié en crear un "Hogar Nacional Judío.

Al término de la 2ª Guerra Mundial, Gran Bretaña propone la creación de un sólo estado, que deberá ser Interconfesional, pero los sionistas radicales, (nacionalistas judíos), se oponen y llevan a cabo una campaña de desestabilización mediante atentados terroristas, siendo ellos los primeros en introducir el terrorismo en esta castigada zona, tratando de lograr con esa práctica una solución que fuese favorable para sus intereses.

Las Naciones Unidas establecen finalmente dos estados independientes, dejando a Jerusalén, ciudad santa para ambos contrincantes, como una ciudad con estatuto internacional.

No aceptaron ese acuerdo ni los judíos ni los árabes, y al proclamarse en 1948 el Estado de Israel, comenzaron las agresiones y problemas que van dando forma al actual conflicto bélico al cual no se le ve ninguna solución.

La cronología principal de estos enfrentamientos armados, dejando a un lado los enfrentamientos diplomáticos son éstos:

Guerra de Independencia Israelí, (1947-1949).

Guerra del Sinaí, (1956).

Guerra de los Seis Días, (1967).

Guerra de Desgaste árabe-israelí, (1969-1971).

Guerra del Yom Kippur, del Ramadán o de la Gran Travesía, (1973).

Invasión israelí de El Líbano, (1982-1985), y la Franja de Seguridad hasta el 2000, sin olvidar los enfrentamientos menores que se producen de continuo y los ataques terroristas con sus correspondientes represalias.

Todas las guerras han sido ganadas por el pueblo de Israel, que ha ido extendiendo sus territorios. Jehová no ha abandonado a su pueblo hasta el momento.

Pero ¿cuál es el futuro que se espera y en qué medida afectará a todos los pueblos de la Tierra?

Creo que todos somos combatientes de esta guerra. Simplemente aún no hemos entrado en combate.

En febrero de este año 2009, concretamente el día 2 ocurrió un suceso que ha hecho sonar todas las alarmas del mundo civilizado. A bordo de un cohete construido totalmente en Irán, el "Safir-2", fue puesto en órbita alrededor de nuestro planeta el satélite Omid, ("Esperanza" ). El nombre no puede ser más irónico, pues tal satélite representa lo más alejado que existe de la esperanza para los occidentales y sí representa un gravísimo peligro potencial.

Irán ha confirmado de esta forma su capacidad de construir cohetes de largo alcance, que tendrían la autonomía suficiente para alcanzar objetivos lejanos situados al Sudeste de Europa, o sobre territorio israelí.

El régimen de Teherán insiste en afirmar que lo que se pretende con este lanzamiento, así como con los cuatro satélites que vendrán a continuación, y que serán colocados en una órbita cercana a la Tierra, según informó el ministro de telecomunicaciones iraní, Mohammad Soltani a la agencia rusa Novosti y a los medios de comunicación iraníes, es una conquista científica y técnica solamente.

La pregunta que se hace Occidente es el tiempo que tardarán en cargar sus cohetes de largo alcance con cabezas nucleares, que estarán listas en menos de un año.

Occidente está en peligro, y así lo consideran países como Francia, Canadá, Alemania y Reino Unido. Ese peligro aumentará si no se toman medidas rápidamente e Israel está el primero en el punto de mira. Para todos se acaba el tiempo, y sería conveniente iniciar ataques selectivos para destruir esa capacidad nuclear de Teherán. Estados Unidos, que rompió relaciones diplomáticas con Irán en 1979, tras la Revolución Islámica, que cumple ahora 30 años, ha declarado a través de su Presidente Obama: "Los que amenazan a Israel nos amenazan a todos", y añadió: "En mi presidencia respaldaremos el derecho de Israel a defenderse en la ONU y en el mundo". "El peligro de Irán es serio, es real, y mi meta será eliminar esa amenaza".

Hizo clara referencia al empleo de la fuerza si las cosas van mal: "Siempre tendré la opción militar para defender nuestra seguridad y la de nuestro aliado Israel. Haré todo lo que esté en mi mano. Todo".

Sin embargo, Irán controla el 5,2% del petróleo, y el 40% del que se consume en el mundo circula por sus costas diariamente. Posee la 2ª reserva gasista del mundo, detrás de Rusia.

Rusia tiene muchos intereses en esta región y se opone a cualquier medida que vaya contra sus aliados, a quienes facilita tecnología punta de última generación. Rusia siempre está detrás de los países árabes.

Irán apoya al grupo terrorista palestino Hamás y a los terroristas que actúan en Afganistán e Irak, con dinero, armas y entrenamiento.

Tiene un ejército de 2.000.000 de soldados bien adiestrados para el combate.

Forma parte del Eje del Mal, (Siria-Cuba- Corea del Norte, Sudán e Irán), y del 2º Eje del Mal, (Cuba-Venezuela- Irán). El destino del mundo en manos de países gobernados por enfermos mentales con las reservas de petróleo en sus manos y bien armados.

No es comprensible cómo no se actúa contra esos países del Eje del Mal, pues el factor tiempo es importantísimo para la seguridad mundial.

No debemos dejar de apoyar a Israel, en su derecho a defenderse, y sería conveniente que no se produjesen en nuestras calle esas manifestaciones absurdas y suicidas en apoyo de quienes van a procurar nuestro exterminio. Nuestros políticos deberían abrir los ojos y ser conscientes del peligro y no abrir las puertas de nuestra sociedad a ese Caballo de Troya representado por los islámicos que van llenando nuestras calles esperando el momento de poder degollarnos. Si Israel cae, caeremos todos con Israel.

Y no olvidemos las palabras de Jehová, sobre Abraham y sobre Israel:

«BENDECIRE A QUIENES TE BENDIGAN Y MALDECIRE A QUIENES TE MALDIGAN».

